

MISCELÁNEA POLIANA



Revista de prepublicaciones del
Instituto de Estudios Filosóficos
LEONARDO POLO

SERIE DE CIENCIAS SOCIALES Y ECONOMÍA, nº 53 (2016)

ISSN: 1699-2849

Registro de propiedad intelectual *safecreative* nº 0910284775023

LA FAMILIA VISTA POR UN FILÓSOFO

Ignacio Falgueras Salinas

Catedrático Emérito de Filosofía

Universidad de Málaga

El filósofo al que anónimamente se refiere el título de este trabajo es Leonardo Polo, como es natural que sea en unas reuniones dedicadas a exponer su pensamiento. Polo era un filósofo cristiano, en el sentido fuerte de esta expresión^[1], es decir, un filósofo que se inspiraba en la revelación cristiana para filosofar. Yo les voy a hablar de algunas ideas filosóficas de Polo sobre la familia, que, coincidiendo con la doctrina cristiana^[2], han sido pensadas por él con un enfoque filosófico profundo y original. En concreto, voy a destacar tres grandes ilustraciones suyas que ayudan a una mejor comprensión de la importancia de la familia: la condición *ontológica* de la familia, la funcionalidad *sistémica* de la familia, y la destinación de la familia como *puntal de esperanza*.

1. *La condición ontológica de la familia*

La familia vista por un filósofo es la familia entendida como lo que normalmente suele denominarse una «institución natural», y Polo también la llama así^[3], pero otorgando a «natural» un sentido más fuerte que de ordinario, pues con esa voz quiere decir «*ontológica*»^[4]. La palabra «natural», que es una de las más equívocas del léxico filosófico y teológico^[5], tiene como primer significado la vida orgánica^[6], por eso al referirla al hombre nos suele hacer pensar sobre todo en la dimensión orgánica del cuerpo humano. Es natural para el hombre tener cabeza, tronco y extremidades, pero en eso no se diferencia de los demás animales. Sin embargo, el cuerpo humano no es meramente orgánico, sino que está atravesado por la vida del espíritu, pues el alma para recibirlo se dualiza en (i) un hábito innato (sindéresis) y (ii) en las potencias

espirituales (inteligencia y voluntad), que se rebajan haciéndose potenciales para incluirse con sus operaciones en el cuerpo, y así hacerlo suyo^[7]. El cuerpo humano no es un cuerpo animal sin más, sino una substancia viva penetrada por un alma espiritual. Por todo esto, el término «natural», cuando es referido al hombre, adquiere un sentido más alto que el antes mencionado.

La naturaleza humana no es exclusivamente natural o física, sino que está elevada por el soplo del creador a la condición de *sobre-naturaleza*. Es una sobre-naturaleza, desde luego en su relación con la *physis cósmica*, pero lo es, sobre todo, por razón de su relación con Dios, del que es semejanza. Si la Palabra de Dios, o Sagrada Escritura, no dice nada en vano, entonces allí donde dijo “*hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza*”^[8], la voz «semejanza» no será una mera reiteración de la palabra «imagen», sino que habrá de entenderse como una información de contenido distinto. Y puesto que sabemos, por otros textos, que la voz «imagen» alude a una persona, en concreto a la persona del Hijo, que es imagen natural del Padre^[9], y a cuya imagen hemos de conformarnos^[10], hemos de entender que con ella se señala la condición *personal* de cada ser humano. Pero entonces, con la palabra «semejanza», que indica un parecido menor, podrá entenderse que se alude al cuerpo humano, habida cuenta de que Dios “*los hizo varón y mujer*”, que son diferencias somáticas destinadas *en su raíz* a la reproducción, pues el destino que asigna el Creador al hombre es el de *multiplicarse* y llenar la tierra, dominándola^[11]. De manera que entre los seres espirituales el hombre tiene como característica distintiva ser *genealógico* – es decir, recibir el ser a través de la generación –, y entre los seres vivientes orgánicos es el único que es persona y engendrador de personas. La semejanza con Dios estriba, entonces, en que los hombres han recibido de Dios la condición genealógica, es decir, han recibido del Padre la capacidad de engendrar, y del Hijo la capacidad de ser engendrados, y, junto con ella, el organizarse como padres e hijos, que es lo que establece precisamente una familia. Por tanto, en la mismísima elevación creadora del hombre está contenida su índole familiar, pues –como digo– la vocación primera del hombre es la de multiplicarse y llenar la tierra, para habitarla^[12] en familia y en sociedad plural^[13].

Según lo anterior, la familia no es un accidente sobrevenido *a posteriori* a la condición humana, sino uno de sus elementos integrantes, un factor ontológico original y fontal del ser humano: lo ontogenético^[14]. Al decir esto, se advierte cierta paradoja: algo ontológico en el hombre es, a la vez, una *institución*, la familia. La paradoja proviene de que una institución es una *organización* de personas con vínculo estable^[15], y parece que organizar es algo posterior a ser, es decir, algo no ontológicamente original. Sin embargo, Dios, al crearlo, ha dado al hombre el ser personal y el ser genealógico, de manera que, en una de las dimensiones de su ser (su esencia), el hombre es una organización. Esto implica que el hombre ha sido hecho como un ser intrínsecamente social, y que esa condición social radica en su origen familiar, pues de

acuerdo con la voluntad del Creador es la familia la que genera la sociedad civil, no al revés^[16].

Téngase en cuenta que cuando Polo dice «ontológica», no está diciendo «metafísica». Si la familia fuera una institución metafísica, se daría una incongruencia, pues la criatura mundo, sobre la que versa la metafísica, no es personal y, por tanto, *desde* ella no cabría una organización de personas. La familia es una dimensión intrínseca para el hombre, no para el universo. El hombre es familiar y social, porque el hombre es persona, y la persona no admite la soledad. Por eso, Dios al crearnos nos añadió junto al ser personal otro don dotacional: el matrimonio, como unión de dos personas, varón y mujer^[17]. Así quedaron engarzadas de modo congruente la persona y la condición genealógica humana, pues el matrimonio nos ha sido dado no como una aislada convivencia de dos individuos, sino que ha sido dotado por Dios con poder para aumentar los miembros de dicha comunidad inicial, colaborando con Él en la creación de nuevas personas. La familia constituye, pues, una organización dotacional, no independiente, pero sí *autónoma*^[18]: de las personas-padres nacen las personas-hijos con las que establecer la –en todos los sentidos^[19]– *primera* comunidad entre personas humanas: marido y mujer, padres e hijos, y hermanos entre sí.

Es obvio que el poder de generación humano es corporal, como en los demás animales, pero la intervención de Dios al crear una persona en el mismo instante de la concepción de su cuerpo hace que la mera procreación orgánica esté trascendida, y, por tanto, que en la familia la dimensión biológica esté también inmediatamente trascendida^[20], quedando convertida en comunidad de personas. El hombre es el único animal que conoce a sus hijos como hijos y a sus padres como tales, y durante toda la vida. La importancia de la dimensión genealógica para el hombre es recogida en la mayoría de las culturas avanzadas, o sea, en las que está arraigada la familia monogámica, en el modo de la identificación personal, que se suele establecer por referencia a los padres (patronímicos).

En suma, cabe afirmar con rotundidad que el hombre es un ser dotacional y esencialmente *familiar*^[21], aunque la libertad y sus avatares puedan deparar acá y allá personas solitarias y desenraizadas, cosa que impediría la humanización si ocurriera en los primeros compases de la vida.

2. La funcionalidad sistémica de la familia

En la realidad existen tres tipos de sistemas: sistemas cerrados, sistemas abiertos y sistemas libres^[22]. Por ejemplo, un sistema cerrado es una cisterna de wáter: los componentes que la integran interactúan, pero en círculo, de manera que uno conserva lo que el otro suministra, y si éste lo pierde, entonces el otro repone lo que el primero había perdido: es un sistema homeostático, con un punto de equilibrio estable y predeterminado. En cambio, son ejemplos de sistemas abiertos una ameba, una colmena, una manada de lobos. En ellos los elementos que los componen interactúan

entre sí, pero transmitiéndose información que incorporan en su conducta y la modifican, es decir, aprendiendo –aunque en un sentido muy amplio de este término–, lo cual les permite crecer como individuos, siempre con el límite de la especie, que es su punto de equilibrio^[23]. Por último, están los sistemas libres, que son –por supuesto– abiertos, pero en los que los intercambios de ideas y voluntades modifican no sólo la conducta, sino las concepciones, decisiones y proyectos, pudiendo así crecer de modo irrestricto en su libertad y pudiendo sobrepasar todo punto de equilibrio sin perder por eso su ser o libertad^[24]. Como resulta fácilmente deducible, el grado de complejidad y de interdependencia entre los elementos de un sistema es tanto mayor cuanto más alto sea éste.

El hombre, que es un ser dualizante, despliega sus dualizaciones en organizaciones sistémicas libres, que por su complejidad y altura implican una interdependencia radical e intensa. La familia es el primer sistema social humano. En ella la dualización varón-mujer se formaliza como matrimonio y se extiende a la integridad de la persona y de la vida, con objeto de realizar un proyecto común, que favorece la libertad y el crecimiento mutuos^[25]. No es la unión de dos mitades, como sugiere la expresión «mi media naranja»^[26], sino una verdadera y fecunda dualización. Dualizarse no es dividir algo en dos partes complementarias, sino, en este caso, realizar entre dos una sola tarea de modo funcionalmente distinto, a saber, la tarea de la habitación del mundo. Por mi parte, además de las diferencias naturales en la función procreadora, he procurado matizar el sentido de tales funciones como (i) hacer habitable el mundo (propia de la feminidad) y (ii) mediatizarlo (propia de la masculinidad)^[27].

El matrimonio da lugar a otras dualizaciones: primero, a la dualización padres-hijos, o sea, a la familia, y, como consecuencia suya, a la dualización entre hermanos, también integrada dentro de la dualidad matrimonio-familia; y, finalmente, da lugar a la dualización familia-sociedad civil. En este sentido, la familia, aun siendo el primero, es ya un sistema social complejo, y, cuando funciona bien, lo hace como un sistema abierto y libre.

Eso no significa que todas las dualizaciones intrafamiliares sean iguales en jerarquía. La dualización más alta de ellas, ontológicamente hablando, es la procreadora, pues el simple amor entre los padres no es una persona, en cambio su unión procreativa tiene como término la persona del hijo. No existe nada más alto que la persona, ni, por consiguiente, una tarea humana más digna que la de engendrar una persona^[28]. Por esa razón, es plenamente válido sostener que el fin primario del matrimonio son los hijos^[29], expresión ésta en la que «primario» significa *jerárquicamente* primero^[30].

El buen funcionamiento de la libre dualización entre marido y mujer no sólo incrementará su libertad en la forma de amor, sino que acogerá de modo adecuado a los hijos como prolongación natural-destinal^[31] de su amor, haciéndose cargo de su crianza y educación. Por su parte, para poder crecer irrestricta o libremente, el hijo viene a este mundo desprovisto de toda predeterminación instintiva, salvo algunas mínimas necesarias –aunque insuficientes– para el organismo^[32]. Eso hace del hombre

el animal más desvalido de todos, lo que es condición imprescindible si su cuerpo ha de quedar disponible para la libertad. Precisamente así la tarea de los progenitores humanos se hace mucho más delicada y larga que la de cualquier otro animal. La dependencia del hijo respecto de los padres es no sólo mucho mayor que la de los animales, incluso llega a ser *esencial* para su humanidad. Ser recibido por los padres como persona amada es condición ineludible para el desarrollo del cerebro y de las capacidades propiamente humanas del hijo. Los niños asilvestrados, es decir, abandonados o perdidos en la selva a edades muy tempranas, son incapaces, por ejemplo, de llegar a hablar y de vivir en sociedad. No se trata de que la persona, y la inteligencia sean cerebrales, ni menos aún de que esos niños carezcan de alma, sino de que la integración del cerebro para la inteligencia y la operatividad humanas, y viceversa, la inclusión operativa de las potencias intelectual y volitiva en el cuerpo, se han de ir forjando desde el primer momento; y como el cerebro tiene su propio tiempo biológico, si no es formado en el momento oportuno de su desarrollo, no llega a configurarse de manera que pueda servir a la inteligencia y obedecer a la voluntad personales de manera socializada. De este modo, los hijos no sólo consolidan el amor entre los padres, sino que por su debilidad inicial y, sobre todo, por la vinculación afectiva connatural con sus personas, les proporcionan una tarea común que dura de por vida y que los mantiene fuertemente unidos.

Las *condiciones internas* que requiere el buen funcionamiento de la familia son muy exigentes. La educación correcta y completa de los hijos requiere relaciones estables y equilibradas entre los padres, es decir, la *monogamia*^[33]. Pero no sólo eso, la correcta formación de la donalidad personal de los hijos requiere que los padres se ocupen de la familia. Los padres tienen que sacrificarse y no sólo en sus caprichos, sino también en su vida social, en sus planteamientos económicos y, si fuera necesario, incluso en sus currículos personales: los hijos son su mayor y mejor apuesta por el futuro. Pero la familia requiere tiempo, porque educar no es sólo dar normas, órdenes u orientaciones, y hacerlas cumplir, sino encauzar los sentimientos^[34], enseñar a jugar^[35], iniciar la formación de la imaginación^[36], promover el interés^[37] en el desarrollo de las capacidades propias de cada hijo y en la colaboración con los hermanos y con los extraños (solidaridad), enseñar a soñar^[38], iniciar en la captación de la verdad^[39], y, sobre todo, sentar las bases de la religiosidad^[40]. Esto último es decisivo, porque implica la aceptación de la condición filial del hombre: quien ha comprendido y aceptado su condición de hijo, cuando se haya emancipado y su actividad no pueda ser cubierta por el apoyo de sus padres, sabrá acudir a Dios como Padre común, para obtener su respaldo y ratificación en las decisiones y lances de su vida^[41], más aún, para alcanzar a ser reconocido íntegramente como persona.

Las *condiciones externas* para una correcta formación humana de los hijos son también muy exigentes, a saber: un hogar y un trabajo estables^[42], que permitan ocuparse de la familia como acabamos de describir –hoy especialmente dificultados por la exigencia

de movilidad laboral en nuestras sociedades—, y cuya consecución requiere también grandes sacrificios económicos, curriculares, etc.

Como es natural, las disfunciones en estas dualizaciones introducen problemas en la familia y en las personas que las componen. El comportamiento defectuoso de los padres (discusiones, descalificaciones, etc.) influye directamente en el carácter y la personalidad de los hijos^[43]. La falta o ausencia prolongada de uno de los padres, por ejemplo, desequilibra a la familia. En concreto, se ha observado que cuando el padre falta o está ausente mucho tiempo, se ven afectados el rendimiento intelectual y la memoria en los hijos^[44]. Pero también a la inversa el mal comportamiento de los hijos o sus problemas pueden perturbar el amor entre los padres: existen matrimonios rotos o muy deteriorados por las discrepancias en la educación de los hijos, o por el desconsuelo ante su muerte.

La casuística es innumerable. Pero lo normal, lo que caracteriza a la familia es que el motor de su vida sea el amor, entendiendo por tal el amor donal, por el que cada miembro actúa a favor de los demás, de modo gratuito y por el valor personal de cada uno de ellos. La familia es la escuela básica de la persona, del valor y dignidad de la persona^[45]. En ella aprendemos a dar gratuitamente y a aceptar los dones gratuitamente. En ella cada uno es estimado por ser quien es sin discriminaciones ni exageraciones. Sólo en familia^[46] puede el niño crecer y ser reconocido como persona^[47], es decir, como libertad co-existencial, a la vez que él se reconoce como «hijo» y descubre el sentido de la paternidad^[48]. En la familia se empieza a vivir el valor de la fraternidad; y sólo desde ella se inicia la humanización del habitar en el mundo. Pudiendo sus miembros ser fuente, como digo, de tantos bienes, pero también de gran número de desequilibrios y problemas personales, se comprende que sea tan importante ayudarla y potenciar su funcionamiento correcto. Pero debe notarse que, a pesar de todo, con tensiones mayores o menores, la familia resiste: el amor matrimonial, paternal, filial y fraterno suele ser más fuerte que los fallos de cada uno, y se suele imponer a la larga y por encima del tiempo, es decir, admitiendo quizás disensiones temporales, que la maduración y el perdón pueden ir curando.

3. La destinación de la familia como puntal de esperanza

La complejidad sistémica de la familia recién descrita permite entender que pueda ser atacada por muchos cabos, tanto desde dentro como desde fuera. El mal funcionamiento de los padres, de los hijos o de los hermanos son posibilidades inevitables, dada la libertad de las personas que componen la familia; pero, con todo, su flanco más vulnerable, hoy, es el de la dualización familia-sociedad civil. Las heridas internas a la familia son frecuentes, pero normalmente pueden restañarse con el mero paso del tiempo; en cambio, las lesiones que provienen de la sociedad civil son, hoy día, más constantes y menos fáciles de evitar.

En los tiempos que vivimos la familia está asediada y asaltada de múltiples maneras. L. Polo señala que el estilo de vida de las sociedades occidentales contemporáneas tiende y empuja a la superficialidad y a la falta de responsabilidad y de *compromiso* de los ciudadanos. Se fomentan lo efímero, el *carpe diem*, el consumismo, las sensaciones y el sensacionalismo, los sentimentalismos en vez de las virtudes, y la reducción de la libertad a arbitrariedad^[49].

Pero pueden añadirse muchos más modos de abordaje e invasión de los vínculos familiares. “Existen ataques *técnicos*, como la esterilización, la fecundación artificial, la clonación y la manipulación genéticas, los anticonceptivos, los abortivos y el aborto provocado. Existen ataques *económicos*, como lo son los trabajos inestables (en el tiempo y en el espacio), y la necesidad de que trabajen fuera de casa padre y madre, sin liberar a la mujer para su tarea de madre; como lo son la construcción de viviendas sin espacio vital para la familia, y los precios imposibles para adquirirlas o alquilarlas. Existen ataques *políticos*, como las leyes que igualan las aberraciones sexuales con el matrimonio, las que destruyen la autoridad de los padres, las que favorecen el divorcio, o las que penalizan tributariamente la paternidad. Existen ataques *morales*, como la perversión de la infancia y juventud con enseñanzas o informaciones que trivializan la relación sexual, fomentan las relaciones sexuales pre- y extra-matrimoniales, inducen a la consideración del sexo como órgano de placer, o desarrollan modas que tienden a la indiferenciación sexual; y como la incitación a la ruptura generacional entre hijos y padres...”^[50].

El efecto conjunto de todos estos factores sociales es el de una inducción ambiental no sólo a la irresponsabilidad, al hedonismo y al miedo por el compromiso –que retrae, bien sea durante un tiempo, bien sea de modo definitivo, de contraer matrimonio y de fundar familias estables a un número creciente de jóvenes y de no tan jóvenes–, sino también a la comisión de graves inmoralidades, e incluso a inferir daños irreparables a la humanidad, peores que las guerras, pues la promoción social del aborto^[51] da muerte a millones de personas año tras año, y envilece el núcleo más sagrado de la familia al instalar la muerte allí donde está la fuente de la vida, el asesinato allí donde debía reinar la donalidad personal más neta.

Esto supuesto, la penetración filosófica de Polo en los problemas humanos le permite señalar una raíz más honda y sutil de nuestra situación histórica. El hombre moderno ha intentado establecer la ontología sobre el signo «igual». Este signo es la expresión lingüística de la reflexión, o sea, de la operación mental generalizante. Las generalizaciones se obtienen mediante la consideración parcial de varios abstractos en los que se halla una nota común: prescinden (negación relativa) de considerar las demás notas de cada abstracto, pero obtienen una idea general homogénea para los considerados. Como esa idea vale de modo unívoco u homogéneo para todos esos «casos», la idea general establece una igualdad entre ellos, y esa igualdad vale para conectarlos entre sí: es el signo «igual». Hasta aquí nada anormal. Con el signo «igual»

podemos fabricar aviones, lavadoras, teléfonos y televisión, es decir, desarrollar la tecnología con sus ventajas e inconvenientes. Lo desmesurado de la modernidad consiste en pretender entender y expresar *todo cuanto existe* sólo mediante el signo «igual», es decir: en pretender igualarlo todo^[52].

Pero así no sólo se expulsa el signo «es» como conector predicativo, sino también lo ontogénico, y, lo que es peor, se cierra toda apertura a lo trascendental, o sea, a lo más alto del mundo y del hombre, e incluso a Dios. Precisamente porque afecta a lo ontogénico, la pretensión de *igualación* ontológica afecta especialmente a la familia: “La idea de amor libre y del derrumbamiento de las instituciones (de la matrimonial concretamente) es el ejercicio sexual bajo el imperio del signo igual. En la misma medida en que rige el signo igual, el aspecto ontogénico de la sexualidad se pierde de vista. Y se establece el imperio tecnológico que permite excluir las conexiones vinculantes: tráfico, comercio venéreo. El fanatismo del signo igual es, al mismo tiempo –porque también hay gente cínica–, su deriva hacia la frivolidad”^[53].

Naturalmente, con esto no se condena el uso, sino el abuso del signo igual. Una cosa es la justa igualdad de los hombres en los derechos naturales o fundamentales, y otra –por ejemplo– la insensata pretensión de extender los derechos humanos a los animales, que lleva implícita la consideración del hombre como mero animal; una cosa es la fabricación de robots útiles, y otra la crédula interpretación mecánica o maquinística de la vida; una cosa es la igual dignidad de toda persona, y otra la pretensión de igualar los sexos. El signo «igual» tiene, desde luego, su propio área de vigencia, lo mismo que lo tienen el signo «es», lo ontológico consistencial o lo ontogénico^[54]: en todos ellos aparece algún sentido del fundamento, aunque en cada uno de modo distinto y *limitado*^[55], por lo que sus respectivas extensiones a la realidad entera quedan vedadas.

Pues bien, a pesar de tanta amenaza, agresión y abuso ambientales, cabe ver en nuestra sociedad civil oportunidades y alternativas de mejora. En ese sentido, propone Polo tres factores sociales de esperanza en nuestros días: la familia, la empresa y la universidad^[56]. Esas tres instituciones son capaces de poner de manifiesto y romper el imposible, pero no por eso menos abusivamente intentado, imperio del igualitarismo.

La universidad es un factor de esperanza, porque –aunque ella también está amenazada por la superficialidad ambiente y por la tendencia a la homogeneización–, en la medida en que la investigación se va haciendo prioritaria, es capaz de comprometer a aquellos talentos que no se dejan llevar por el afán de lucro y de poder, sino por el amor a la verdad. De ese modo, puede ser una fuente de *líderes* para un cambio social hacia lo menos superficial y efímero.

La empresa es otro factor de esperanza, porque en medio de estas sociedades en las que imperan los valores económicos, la competitividad a que se ven sometidos los empresarios exige, para triunfar, unos recursos humanos de alta calidad, como la inteligencia, el arrojo, el tesón, el liderazgo, el ahorro, etc., los cuales funcionan en sentido contrario a los estímulos de esta sociedad superficial y homogeneizante.

Por último, la familia es la más honda y firme razón de esperanza para el futuro, no sólo para el nuestro, sino para cualquier futuro histórico^[57]. Aunque Polo considera necesaria la colaboración entre sí de esas tres instituciones para salir de la superficialidad igualitaria de nuestra época, lo cierto es que la que más ayuda a las otras, y en la que puede hacer pie con más seguridad la esperanza, es la institución familiar. Ella proporciona los motivos humanamente más poderosos para superar la inercia y el puro egoísmo en que con frecuencia decae el hombre: los hijos estimulan tanto a la mujer como al varón al compromiso, a la generosidad y al trabajo. Pese a estar amenazada por tantos flancos, el *carácter ontológico* del vínculo familiar la hace mucho más sólida que cualquier otra institución, sin que pueda ser barrida por las modas y los tiempos: a la familia se pertenece, en la sociedad civil se ingresa^[58]. Pero, sobre todo, ella es la institución en la que nacen las verdaderas y radicales novedades históricas, a saber, las personas, los gestores del futuro histórico y de toda posible innovación^[59]. Incluso aunque pudiera alguna vez llegar a estar amenazada socialmente en lo más íntimo de su función procreadora por la tecnología ideologizada^[60], siempre habría que recurrir a ella por la necesidad de su insustituible función formadora. Ella es una fuente constante de valores positivos, en especial el de la gratuidad y donación, pero también el de la paciencia, el del esfuerzo, el sacrificio, el sentido de la equidad, la comprensión, etc., que hacen prevalecer socialmente el sentido del bien sobre el del mal. La familia es la primera forma y el primer motor de la coexistencia humana^[61]: de la coexistencia con el mundo, de la coexistencia con los otros y de la coexistencia con Dios. Pueden existir hombres sin familia, pero sin ella no cabría que hubiera «humanidad».

4. Epílogo

Al filósofo no le toca señalar lo que se debe hacer en cada caso^[62], sólo le atañe describir lo esencial de la institución familiar y esbozar los principios que deben dirigirla, pero también le incumbe señalar sus límites. La familia es una dimensión ontológica del hombre que como tal es autónoma, es decir, está dotada de recursos y derechos propios que no deben ser estorbados ni suplantados por el Estado^[63]. Mas la familia no es independiente, no sólo porque no es autosuficiente –puesto que ella se ordena a la vida en la sociedad civil–, sino también porque se debe a su Creador. La madurez del hombre, su dominio sobre el mundo, y su perfeccionamiento como hombre se alcanzan en la vida social civil, sin excluir la familiar, pero yendo más allá de ella. Sin embargo, la deuda de la familia para con el Creador es aún más radical. Precisamente por no haberla respetado, nuestros primeros padres infligieron a toda la familia humana y al matrimonio un daño de un alcance tal que sólo el remedio y el auxilio de la gracia del Redentor, prometido y enviado por la misericordia del Creador, puede restaurarlos debidamente. Me refiero a otro límite, esta vez interno (concupiscencia), que no elimina los bienes del matrimonio

(*proles, fides, sacramentum*^[64]), pero los suele deformar y vaciar, pues inclina a la voluntad humana a buscar en él, en vez de hijos, amor fiel y misterio, sólo placer, posesión o prestigio. Este límite interno es la razón última de la frecuencia histórica de los fracasos de la familia, pero también es la razón por la que la familia ha necesitado y recibido un auxilio extraordinario de Dios (Padre), quien envió a su Hijo nacido de mujer^[65] y en una familia.

La ayuda de esa gracia emanada de la misericordia divina es la garantía definitiva que refrenda y fortalece la esperanza humana en el matrimonio y en la familia que de él deriva, al otorgarles razones y amores superiores para llevar a cabo su tarea: porque la familia cristiana no engendra personas para sí ni para la muerte, sino para Dios y para una vida inacabable; porque, en vez de por un amor dominante o posesivo, la familia cristiana está movida por un amor donal y sacrificado^[66]; y porque, en vez de en el mero prestigio social, la familia cristiana encuentra su sentido en el misterio de Cristo y la Iglesia^[67].

^[1] Cfr. I. Falgueras Salinas, *De la razón a la fe por la senda de Agustín de Hipona*, Eunsa, Pamplona, 2000, 137-144.

^[2] "También es muy cristiano subrayar la importancia de la familia para el ser espiritual" (Polo, *Epistemología, creación y divinidad*, Obras Completas, Eunsa, Pamplona, 2015, vol. XXVII, 285)

^[3] "El hombre es un ser naturalmente familiar. Y esto une las razones morales con la biología. En la evolución el hecho diferencial humano es la familia. Pero la familia no es un mero hecho, sino una correlación de factores" (Polo, *Quién es el hombre*, Rialp, Madrid, 2003, 73).

^[4] "La familia es su fundamento, pero no le da consistencia. La familia es de orden ontológico; la sociedad civil es ética" (Polo, *Quién es el hombre*, 79).

^[5] I. Falgueras Salinas, *El Cántico de Salomón. Comentario al Cantar de los Cantares*, Edicep, Valencia, 2008, 224-225.

^[6] Polo, *Curso de Teoría del Conocimiento IV/1*, Eunsa, Pamplona, 1994, 258.

^[7] Polo, *Antropología trascendental II*, Eunsa, Pamplona, 2003, 15ss., 76ss., 87.

^[8] Gn 1, 26.

^[9] Col 1, 15: "Él es imagen del Dios invisible". Cfr. 2 Co 4, 4; Heb 1, 3.

^[10] Rom 8, 29; Col 3, 10; 1 Co 15, 49. El conocer humano es a imagen del divino (Polo, *Epistemología*, 53), y el conocerse sólo es como Hijo (*O.c.*, 319). Nótese que si Dios al crearnos dijo "hagamos al hombre a nuestra imagen", entonces somos imagen de las personas divinas (que es lo plural en Dios). Pero si el Hijo es imagen del Padre, y nosotros hemos sido hechos a imagen de Dios Trino, entonces nosotros tenemos cierto paralelismo con el Hijo: somos a Dios Trino lo que el Hijo es al Padre, y nos es dado el acentuarlo haciéndonos a imagen del Hijo por la gracia redentora. La conformación con el Hijo nos la da el Espíritu Santo (2 Co 3, 18).

^[11] Gn 1, 28.

^[12] Isa 45, 18.

^[13] La multiplicación se hace en familia, el llenar y someter la tierra se hace en sociedad plural (clan, tribu, pueblo, nación).

^[14] "En la medida en que la onto-logía no se destaca lo bastante, o, digámoslo así, no se concentra en sí misma, sino que todavía está vinculada a la fundamentación entendida como génesis, el "es" no

aparece, no rige.../ Hay que destacar la relación entre lo onto-lógico concentrado y lo previo a lo onto-lógico. Lo previo no es simplemente un objeto, sino lo engendrante en cuanto que onto-genético” (Polo, *Curso de Teoría del conocimiento*, IV/2, Eunsa, Pamplona, 1996, 392).

[15] “A su vez, la familia es la primera de las instituciones, es decir, de las organizaciones constituidas por personas, con vínculo estable” (Polo, *Ética: Hacia una visión moderna de los temas clásicos*, Unión Editorial, Madrid, 1996, 64).

[16] Así se aclara qué sentido tiene que la primera vez que aparece el nombre del hombre (Adam) en el *Génesis* tenga un significado genérico: Dios no creó a Adán y Eva como meros individuos, sino que siendo ellos personas y padres primeros de todos, junto con ellos creó a toda la humanidad. A su vez, esto también nos permite entender la expresión “hijo de Adam” usada por los salmos y los profetas en el sentido de persona humana creada por Dios como descendiente de los primeros padres. Y, por último, nos puede ayudar a comprender la denominación que Cristo se atribuía a sí mismo de “hijo del hombre”: es hijo del hombre, en sentido usual, porque es hombre verdadero, en cuanto que el Verbo se ha hecho carne; y es “el hijo del hombre” en sentido especial, porque es el primogénito de toda criatura, es la descendencia o el hijo prometido en todas las promesas de Dios (protoevangelio, Abrahán, David, Daniel), o sea, el primero y fundador de la nueva generación de los hijos de Dios, que no nacen de la carne ni de la sangre (*Jn* 1,13), sino del agua y el Espíritu (*Jn* 3, 3-6).

[17] *Gn* 1, 27; 2, 18 ss.

[18] O sea, con poder para organizarse y administrarse por sí misma. Venimos al mundo en una familia, porque Dios dotó al hombre de poder generativo, pero la familia no es independiente, porque su destino en esta vida es la sociedad civil, que es la que cumple el mandato de llenar y dominar la tierra. Sin embargo, su carácter dotacional la hace autónoma (no autosuficiente), y la convierte en principio de la sociedad plural, que la podrá perfeccionar.

[19] «Primera» no sólo en sentido de principio (ontológico-antropológico), sino también en sentido biográfico, psicológico, etc. Antropológicamente, que sea primera comunidad implica que no es ni única ni última. La familia se ordena a la sociedad plural, primero en esta vida, pero también más allá (Jerusalén celeste), pues la persona es creada *para siempre*.

[20] “La generación humana tiene una dimensión biológica inmediatamente trascendida: tanto los padres como el hijo son seres inteligentes” (Polo, *Ética*, 56). La intervención directa de Dios creando una imagen suya, o persona, da a la unión fecunda de varón y mujer una trascendencia inigualable por cualquier otra tarea humana. De ahí que la frivolidad o el hedonismo con que se mantienen las relaciones sexuales después del pecado original sea una prueba del daño infligido por éste. El pecado original afectó a la procreación de seres humanos de manera que el don de la elevación (creación de una persona) quedó separado del don de la gracia santificante, que ya no lo acompaña. Por eso, tras el pecado la procreación ya no es tan alta como Dios la quería, pero sigue suministrando el don más alto, la persona, aunque ahora concebida en pecado por la falta de la gracia santificante. Cristo con su encarnación y muerte remedió el déficit del matrimonio, pero sin anular la separación entre las dos gracias: si bien la generación retiene su inicial carácter sagrado, ahora hemos de nacer a la gracia santificante mediante el bautismo.

[21] “La consideración de la estructura anatómica del hombre permite advertir que es un ser familiar. La familia es una unidad suficientemente firme para constituir lo que se llama una *institución*” (Polo, *Quién es el hombre*, 74).

[22] Polo, *Ética*, 108. Estos tres serían los sistemas reales; además, hay sistemas lógicos, elaborados por el hombre para simplificar los reales, o para ordenar sus ideas y producciones. Para los sistemas lógicos y teóricos reservo la calificación de *sistemáticos*, para los reales la de *sistémicos*.

[23] La especie predefine el punto de equilibrio como un máximo insuperable.

[24] Es decir, admite un crecimiento no limitado (infinito), al que se puede llamar crecimiento del crecimiento. Su punto de equilibrio está en Dios, por lo que el ámbito de crecimiento de la libertad es irrestricto.

[25] Los padres tienen que aprender a ser padres, nadie nace con ese conocimiento previo; pero tal aprendizaje los educa y los mejora, pues es una continuación de su afecto amoroso mutuo y para con el hijo (Polo, *Ayudar a crecer*, Eunsa, Pamplona, 2006, 88-91, 94-95). En la novedad de la persona (o libertad) de cada uno de sus hijos pueden reconocer los padres el exceso de la obra de Dios sobre su propia obra como generantes; y a través de su mutua entrega libre pueden comprender la libertad del Creador que los admite a colaborar con Él.

[26] En nuestras conversaciones familiares con él, Polo insistía mucho en esto.

[27] I. Falgueras Salinas, *Varón y Mujer. Fundamentos y destinación de la sexualidad humana*, Edicep, Valencia, 2011, 103-106.

[28] La prueba de lo que digo es la Virgen María: no hay una (mera) criatura más alta que ella, siendo su mayor mérito ser la *Madre de Dios*. Naturalmente, el don de la Virgen María es único, es inimitable, pero indicativo de la importancia real que Dios ha concedido a la relación genealógica.

[29] Cfr. Polo, *Ayudar a crecer*, 87 ss.

[30] Cfr. *Ayudar a crecer*, 91.

[31] Los hijos sobrepasan no sólo la capacidad genética de los padres –por cuanto que su espíritu procede de Dios–, sino también sus expectativas, porque son libres. Admitirlo así de antemano evita la aparición de problemas. Los hijos no son para los padres, sino los padres para los hijos (Polo, *Ayudar a crecer*, 88; cfr. 2 Co 12, 14).

[32] V.gr.: llorar, los movimientos peristálticos, los movimientos de ajuste de la vista, ciertas reacciones ante peligros (movimiento súbito de los párpados, de la cabeza, etc.).

[33] Cfr. Polo, *Ayudar a crecer*, 91-93.

[34] O.c., 93 ss.

[35] O.c., 105 ss.

[36] O.c., 193 ss.

[37] O.c., 164 ss.

[38] O.c., 169 ss.

[39] O.c., 162 ss. La familia puede iniciar la educación en la verdad, pero no la puede llevar a término, porque los padres tienen un peso subjetivo muy fuerte para los niños, y la búsqueda de la verdad debe hacerse sin imposiciones ni presiones subjetivas, sino de un modo equilibrado entre la objetividad y la subjetividad, gracias al cual la aceptación de lo verdadero pueda ser como debe: *incondicional* (O.c., 172-173).

[40] O.c., 117-119, 171, 218 ss.

[41] O.c., 118 ss.

[42] O.c., 101 ss.

[43] O.c., 94.

[44] O.c., 99-104.

[45] “*La famille est le lieu de base du don dans toute société, le lieu où il se vit avec le plus d’intensité, le lieu où on en fait l’apprentissage*” (J. T. Godbout, *L’ esprit du don*, Editions La Découverte, Paris, 2000, 45; 71-74).

[46] Como las relaciones familiares son personales, la familia natural puede ser substituida, en caso de abandono o desgracia, por una familia adoptiva. Por tanto, debe entenderse que en este trabajo la palabra «familia» designa no sólo a la familia natural, que es la obvia, sino también a la adoptiva.

[47] Dar es la actividad propia de la persona (cfr. I. Falgueras Salinas, “El dar, actividad plena de la libertad trascendental”, en *Studia Poliana*, 15 [2013], 69-108). En el amor que reciben de sus padres pueden los hijos reconocer su relación filial y fraterna como una relación, además de natural, también donal, gratuita y generosa.

[48] Al darse cuenta de que sus padres son también hijos, les cabe comprender que la filiación lo es de todo el género humano, y que la paternidad radical es la de Dios. Eso favorece no sólo el respeto y la aceptación de las personas de sus padres, sino la aceptación donal de la tradición humana que éstos les transmiten: porque ser hijo y ser padre es inscribirse en una tradición humana, es decir, es la

manera *histórica*, o según el tiempo humano, de socializarse y humanizarse. Esto no implica que todas las tradiciones sean igualmente ricas ni altas, ni tampoco que la sociedad y la tradición sean más altas que las personas, sino sólo que las personas humanas alcanzan su maduración en sociedad y en relación con una tradición.

[49] Polo, *La persona humana y su crecimiento*, Eunsa; Pamplona, 1996, 83 ss.

[50] I. Falgueras Salinas, *Varón y mujer*, 130-131.

[51] Podría objetarse que permitir el aborto no es lo mismo que promoverlo. Sin embargo, declarar, por ejemplo, que es legal el terrorismo o el robo equivaldría, obviamente, a promoverlos, pues incitaría a los descontentos, envidiosos o inmorales a desarrollar sus vicios hasta esos extremos. Puesto que la vida humana es lábil, basta simplemente con no garantizar su defensa en cualquiera de los momentos de la misma, para promover su destrucción.

[52] “El signo igual se ha hecho cargo del ámbito cultural humano en sus regiones más insospechadas, en todo tipo de disciplinas y de actitudes: desde el descubrimiento de la circulación de la sangre hasta la formalización de la economía de intercambio, desde el tráfico rodado hasta la tecnificación de la sociedad” (Polo, *Curso de teoría del conocimiento IV/2*, 392).

[53] Polo, *Curso de teoría del conocimiento IV/2* 396, en nota.

[54] “El “es” rige y también el signo igual, aunque de diverso modo, e impropriadamente. Es evidente que también rige lo onto-lógico en sentido parmenídeo, cuando se destaca teóricamente constituyéndose dentro de sus límites, y por lo tanto, asegurado, dejando de lado la remisión a lo arcaico. La estructura de los mitos es siempre temporal-fundante.../ Efectivamente, lo fundamental rige en el mito como un comienzo ya transcurrido; después como génesis mantenida...” (Polo, *Curso de teoría del conocimiento IV/2*, 392-393).

[55] “Ahora bien, por importante que sea el imperio del fundamento, por mucho que querer salir de él sea frivolidad, con todo, para la entera historia de la onto-logía vale la noción de límite” (Polo, *Curso de teoría del conocimiento IV/2*, 396).

[56] Polo, *Filosofía y Economía*, Eunsa, Pamplona, 2012, 390 ss.

[57] La esperanza necesita razones para afrontar con optimismo un futuro que no se ve o que incluso parece adverso. Por eso no estará de más añadir otras razones a las que ya se alegan en el texto. Por mi parte, me permito destacar estas otras tres: 1) muchos de los que empiezan por relaciones no matrimoniales cambian a lo largo de su vida y deciden formar una familia, engendrando hijos, pues el deseo de tener hijos y ofrecerles el amparo familiar tiene gran fuerza connatural; 2) el futuro histórico será siempre promovido por los matrimonios que tengan hijos, pues los que no los tienen carecen de sucesores; 3) siempre existirá un resto que siga siendo fiel al precepto del Creador.

[58] I. Falgueras Salinas, *Varón y mujer*, 132.

[59] “He mencionado a la familia como institución. Por lo pronto, la familia proporciona una gran parte de los motivos para superar la actitud inercial en la que fácilmente el hombre decae. Pero, además, la familia es el marco que acoge a lo que en la historia es radicalmente nuevo: la persona humana. Cada ser humano no es un simple individuo de una especie, sino un ser irreductible a cualquier otro. Por eso también, la persona como agente libre en la historia es el protagonista de la innovación” (Polo, *Filosofía y Economía*, 394).

[60] Me refiero a las técnicas de reproducción substitutivas de las naturales (fecundación artificial), y a la sugerencia utópica de A. Huxley (*Un mundo feliz*).

[61] I. Falgueras Salinas, *Varón y mujer*, 122.

[62] Polo, *Ayudar a crecer*, 96.

[63] *O.c.*, 138.

[64] “*Haec omnia bona sunt, propter quae nuptiae bonae sunt: proles, fides, Sacramentum*” (San Agustín, *De bono conjugali*, c. 24, n. 32, PL 40, 394).

[65] *Gal* 4, 4.

[66] *Jn* 15, 13: “Nadie tiene un amor más grande que el que da la vida por sus amigos”.

[67] *Ef* 5, 21-6, 9.